MITOS Y LEYENDAS DE LA COSTA

LA TUNDA

En Esmeraldas la antigua diosa de la Fertilidad se representaba con otra forma y así nació la Tunda, demonio femenino de origen mixto, indio y africano. Es multifacética y adopta diversas formas según los casos.

Su especialidad consiste en raptar niños y con ese fin cambia continuamente su figura, de una tranquila señora, normal y corriente, a una que tiene el pie derecho en forma de molinillo, quizá en recuerdo a la clásica figura del demonio cristiano con patas de macho cabrío. ¿Quién sabe?

Entre sus costumbres hay una muy curiosa. Es aficionada a los camarones que recoge de los esteros, los cocina en el interior de su cuerpo y los da a los niños que rapta. Para atontarlos, les quita la voluntad sofocándolos con gases de su organismo que huelen a cobre.

La Tunda es una caldera con fuego interior. Cuánto nos recuerda a la madre tierra o diosa de la Fertilidad con sus emanaciones volcánicas que huelen a cobre, mineral noble para los indios, que lo sabían utilizar en diversas aleaciones, en la confección de joyas y demás utensilios.

LA TUNDA QUE SE CONVIRTIÓ EN GALLINA

En Juyungo se cuenta que un muchachito esmeraldeño fue enviado a eso de las cinco de la tarde, hora de oración, a recoger a unas cuantas gallinas que andaban desperdigadas por los contornos. De pronto una linda gallina blanca atrajo la atención del chicuelo.

“Cho, cho, jurón, jurón” gritaba, corriendo detrás de ella pero esta era una experta y lo fue llevando hacia el monte. Cuando quiso regresar ya era tarde: estaba perdido. Era la temible Tunda que se había convertido en gallina.

Pero la Tunda teme a los perros y el solo ladrido de uno de ellos la hace desaparecer; por eso los parientes de la víctima corrieron por los montes con una verdadera jauría, hasta encontrarlo al tercer día, casi muerto del susto e incomible de tanto camarón. ¡Que mala es la Tunda!

Dicen que la Tunda no es negra, sino negrisísisisima como una noche sin luna ni estrellas como una casa sin puertas ni ventanas. La Tunda no tiene barba, sino bembísima, quiere decir una bemba así y asá. En vez de pierna derecha, maneja una pata de molinillo, que suena “¡tum!” cuando camina por el monte.

Más cuando ella se ríe, se ilumina la noche y llueve cocos recién pelados. Vuelan mariposas blancas. Entonces, la gente que ya sabe, se da cuenta que la Tunda anda por allí. Y al más pesado se le aparecían en el camino meneando sus caderas.

A uno de la comunidad se le apareció, no una mujer sino como perico, que cuando él más caminaba el perico se iba más lejos. Tanto que le hizo caminar toda la noche y no lo pudo cazar. Tuvo que amanecer en el monte, cruzando por espinales u matorrales, pero él no se hizo daño porque sentía que alguien le cargaba para pasar las espinas.

La comunidad se preocupó de su desaparición y fueron a buscarle con la madrina, bombo, cununo, guasá. Cuando lo encontraron, tuvieron que echarle agua bendita, porque gritaba, tenía los ojos que se le querían salir y el cuerpo gelatinoso, pues había comido el tapao de camarón hecho por ella. Y esa era la forma de embobar a sus víctimas. Así, cuando ya cumplía sus propósitos los abandonaba e iba por otro.

EL CERRO DEL MUERTO

Luis Hernández Rambay, 1923, El Morro

Se llama Cerro del Muerto, porque según los primeros navegantes de mar afuera, se ve como un muerto acostado. Antiguamente se consideraba “pesado” porque a las 12 de la noche se escuchaba a una banda de música que producía sorpresa.

Aseguran los antiguos que allí existió un encanto, por los rumores que se oían en la noche. Se cree que allí se acostumbraba a enterrar a los muertos con todas sus prendas en vasijas de barro.

Dicen que existían unos pozos de agua dulce en el sitio. Gente que escuchaba bandas de músicos y salían asustados. A los chicos que acostumbraban a salir por ahí, se les presentaba una luz en forma de relámpago que seguía a la persona y luego se desaparecía, la persona que veía la luz, se le erizaba la piel y la cabeza se le hacía grande. En otra ocasión, en invierno, se presentó un burro grande, cuyos ojos brillaban en la noche, la gente que lo montaba se perdía, los moradores temerosos, ya no querían salir de sus hogares.

A las doce de la noche se sentía un murmullo, eran las ánimas que salían a la iglesia para rezar y luego regresaban al cementerio, se sentía que eran bastantes. Las personas que lo escuchaban, se asomaban y no veían nada.

LA VIUDA DEL TAMARINDO

Era un tamarindo antiguo que existía donde era la quinta Pareja, que quedaba donde es hoy es la Clínica Guayaquil. Las calles exactamente parecen ser: Tomás Martínez y General Córdova.

En esa época era una finca. No era una quinta, y era un lugar abandonado donde los tunantes, o sea las personas que andaban tras del trago, iban solos, y en el camino a casa, miraba una mujer vestida de negro que parecía muy bella.

En este tiempo no había pues mayor alumbrado. Entonces el tunante, que estaba entre que la seguía o no, perseguía a la viuda, y esta lo llevaba siempre a un tamarindo añoso.

Cuándo él llegaba ya casi al pie del tamarindo, y luego se volteaba, para mirar a la viuda, esta era una calavera, tras lo cual el tunante caía echando espuma por la boca.

LA TACONA

En Esmeraldas, en un terreno baldío, se encuentra una joven de cabello rubio con un sujeto, es imposible ver la cara del hombre por la oscuridad de la noche. Ella esta arrinconada y el hombre la está tomando de los brazos violentamente, la pone de frente contra el suelo y la viola. Por el rostro de la muchacha caen lágrimas.

La muchacha rubia está en el baño de su casa, se mira al espejo, su vestido blanco está completamente manchado de tierra y continúa con su llanto. Entra a la ducha y cuando sale se está arreglando y poniendo maquillaje, utiliza un delineador fuerte que resalta sus ojos verdes y se pone un labial rojo. En voz alta, se dice a sí misma, mirándose en el espejo, que no dejará que ningún hombre la lastime otra vez.

La muchacha entra en una covacha, los hombres del lugar miran su cabello rostro maquillado y su rubio y largo cabello ondulado, su esbelta figura que resalta en un pequeño vestido rojo, sus largas piernas y sus pies que destacaban con unas sandalias negras con tacos muy altos. La saludan algunos chicos por el sobrenombre de “La Tacona”. Ella los saluda y toma algunos tragos mientras bailan en grupo. A la distancia le atrae un muchacho, la mira de reojo y observa que el chico saluda, baila y besa a algunas chicas a lo largo de la noche y que está borracho.

La siguiente noche, la Tacona regresa al mismo lugar y mira al muchacho nuevamente besando a distintas chicas a lo largo de la noche. Después de unos tragos, se acerca y lo invita a bailar. Él, algo nervioso, la invita a un trago. Ella acepta y bailan el resto de la noche. Él le propone ir a la playa para estar a solas y ella asiente con la cabeza.

Los chicos están caminando por la playa, la Tacona lleva en una mano sus tacos y con la otra sostiene la mano de él que intenta mantener el equilibrio mientras caminan. Han caminado bastante y ya no se ve la covacha. Paran en un sitio y se besan. Él intenta sobrepasarse y ella se enoja; sin embargo, se siguen besando. El muchacho está con los ojos cerrados, los abre y con terror mira que la muchacha que está besando es un cadáver putrefacto, la empuja y corre por la playa sin dirección.

Ella se desmorona en la arena y llora desesperadamente. Se levanta, continúa con un llanto descontrolado, camina bastante hasta llegar a un cementerio, encuentra su tumba y se recuesta sobre ella.

Tiempo después, el joven, ya convertido en hombre con canas en su cabello, está en la tumba de la Tacona. Arrodillado, pone una rosa roja sobre la tumba, en su mano se ve un anillo de matrimonio. Caen lágrimas por sus ojos y le dice que aquella noche su vida cambió, que después del incidente recapacitó sobre el rumbo de su vida y que gracias a ella dejó de tomar y utilizar a las mujeres.

EL SILBO DEL DIABLO

Cierta ocasión allá en Bonce adentro del cantón Santa Ana, había un incrédulo, de nombre Tomás, que no le gustaba que le hablaran de nada de lo que eran apariciones de muertos o del diablo. Esta persona no creía ni tenía miedo a nada.

A sabiendas de todo esto sus hermanos y amigos le hacían juegos, para ver si era cierto que nada lo asustaba. Cierto día que Tomás estaba en Santa Ana en un velorio, sus amigos y hermanos lo esperaron en un gran árbol de samán, aquel que estaba casi a mitad del camino, cuyas ramas caían y tapaban la carretera; ese samán de noche con luna llena reflejaba sombras que asustaban al más varón de aquellos días; buscaron un ataúd viejo en el cementerio y lo alzaron en una de las ramas del viejo y frondoso árbol…

Se escondieron, no muy lejos esperando que su amigo y familiar regrese; pasaron varios minutos, ellos trepados en sus caballos, de repente se comenzó escuchar el galopar de un caballo, por la ropa que traía sabían que era él, y se prepararon con el ataúd; cuando Tomás estaba cerca, casi debajo del árbol de samán, jalaron el ataúd con el deseo de que se aparezca en el camino, pero Tomás paró a raya su caballo y comenzó a gritar lleno de coraje, sabía que era broma de sus amigos y hermanos, en ese instante grito: “¡Miren, carajo, yo no creo en muertos, ni en demonios, ni en nada, así que no me jodan!”

Salieron todos a su encuentro y le dijeron a su querido amigo que no se preocupara que era la última broma que le hacían, era la última vez que ellos querrían asustarlo; cogieron sus caballos y se prepararon para avanzar hasta Bonce adentro, su amigo Tomás el incrédulo, cabalgaba delante de ellos.

Al poco rato se escuchó un silbo fino que causó temor entre los que iban a caballo; uno de ellos hablo: “¿Escucharon eso muchachos? Para mí que fue el silbo del diablo que se escuchó…” el incrédulo Tomás que iba delante también había escuchado el silbo, pero este parecía que estaba hipnotizado o poseído por el silbido del diablo, porque en ese instante dejó la carretera, y con caballo y todo se adentró en la montaña, por una piñuela avanzaba haciéndose daño.

Sus amigos y hermanos seguían a Tomás y le gritaban, pero este no contestaba; todos estaban con miedo, decían que el diablo se lo iba llevando, avanzaba con caballo y todo entre ramas filudas que cortaban y una neblina que cegaba; en eso se escucha una voz, era uno de los hermanos de Tomás que le gritó al diablo: “¡Por Dios, deja a mi hermano y llévame a mí”…”

Recién en ese momento aquel silbido que hipnotizó a Tomás y que seguía escuchándose, se dejó de escuchar, y el incrédulo Tomás medio atontado y todo raspado, con su caballo mallugado, cogió las riendas y dio la vuelta, más atrás estaban sus amigos y hermanos esperándolo, ya el silbo nadie de los presentes lo escuchaba.

Comenzaron a salir de donde estaban, con el amanecer vieron el camino de regreso, pero su querido amigo y hermano Tomás a partir de ese día, dejó de ser incrédulo y por respeto, o por miedo no volvió a cabalgar de noche solo por aquellos caminos que conducen a Bonce, adentro del cantón Santa Ana.

EL JINETE MUERTO

En Manabí, cerca de la media noche los muertos regresaban a resolver los asuntos pendientes que dejaron en la vida. Según la historia dicen que hay una aparición de un hombre que encontró la muerte montando en un caballo, y el sobreviviente de la pelea demostró que actuó en defensa propia y continuó con su vida regular, tras dos meses empezó a tener pesadillas con el fallecido que montado en su caballo negro lo amenazaba.

El comenzó a vagar de pueblo en pueblo para encontrar tranquilidad durante un año, el montubio otra vez regresó a su pueblo la mañana del dos de noviembre, estaba más aterrado que nunca y decía que le iba a matar el jinete muerto y pedía que lo arrestaran, después de tanto suplicar, el teniente político lo arrestó.

Él mismo que se quedó acompañándolo toda la noche, y a las doce de la noche se oyó un ruido, pues era el jinete muerto, el señor estaba gritando, y después que cesaron los gritos se tranquilizó. Dicen que desde entonces todas las noches del dos de noviembre aparece el jinete muerto.

EL CABALLO NEGRO EN EL RÍO

Más allá del cantón Chone ahí mismito en la montaña de la Garrapatilla en una ocasión, cuando se celebraban las vivas como parte de las fiestas religiosas del sector, se le pidió a un mocoso hacer un mandado, a cambio de que cuando regrese se le permita hacer un disparo.

El condenado muchacho bien mandado aceptó la oferta tan solo con el interés de disparar. Pero él sabía que hasta donde tenía que ir caminando era bien lejos, en fin el que quiere que le cueste.

Al dar varios pasos recordaba los consejos que los mayores hacían, es que en aquellos tiempos se veían en el campo cosas malas, decían y contaban que de noche se tropezaban con gallinas negras y pollitos caminando todos en fila india cerca de la mancha de caña que está junto al río; otros se encontraban con un inmenso perro negro; con bultos en medio de la trocha que había; ver al mismo diablo cabalgando y más espantos que cualquiera se arrepentía de deambular de noche por esos lados.

Pero a Francisco, como se llamaba el mocoso, corría con el galón de vidrio vacío, como alma que lleva el diablo. Llegó hasta donde tenía que comprar el trago y dijo: “patitas pa’ que te tengo”, y de regreso caminaba y corría tratando que la noche nole caiga en su espalda.

Pero él recordaba todo lo que le habían contado sobre las apariciones, él creía ver la gallina con los pollitos, al diablo cabalgando, o al perro negro gigante; en ciertos tramos ni abría los ojos, se imaginaba todo tipo de susto.

Estando cerca del río se le presenta un señor grande, montado en un caballo negro, portando dos pistolas y en su cintura tenía una canana con cualquier cantidad de balas, fumando un gran cigarro que lo movía de un lado para el otro de su boca, con sus dientes blancos y una pinta de oro en uno de ellos.

Francisco se quedó tieso, aquel señor hincó con sus espuelas brillantes al caballo y se fue del lugar. Francisco fue auxiliado por dos mujeres vestidas de negro que pasaban por el río.

Estas mujeres le aventaron un poco de agua en la cara y Francisco al verlas corrió hasta que llegó con el galón de trago en la mano, gritaba que él había visto al diablo y a dos muertas vestidas de negro en el camino, las personas que lo escucharon a Francisco, algunos se persignaron, otros se reían, otros no le hicieron caso.

Al rato se le fue el susto y pidió que le paguen el mandado, cogió un revolver que le dio don Falcones y disparó su tiro, que le costó un susto y una corrida.

Cuando ya estaba calmado y alegre vio en medio de la gente al señor del caballo, aquel que creía que era el mismo diablo, más a la derecha divisó a las dos mujeres vestidas de negro, sacó conclusiones, que no era el diablo, ni las muertas, el susto que llevaba lo había hecho ver visiones.

Francisco recuperó su color, pero las vivas que se escucharon y el jolgorio que había en Garrapatilla hicieron que se olvidara por lo que pasó. A partir de aquel día Francisco ya no se asustaba fácilmente.

EL PACTO MORTAL

Quisiera contarle lo que muchos años atrás en un pueblo de Manabí pasó, de dos amigas que se amaban y cómo una murió.

Dos familias muy unidas eran los García y los Mendoza ambas tenían una hija. La amistad de sus padres a ellas trasmitieron amistad que ellas comprendieron.

Se estimaban con locura u juraron con su sangre que su hermandad durara hasta que Dios lo mande.

Cierto día conversaron un buen rato y una de ellas sugirió: “Formulemos un pacto”. La otra muy juiciosa le comenzó a preguntar “¿En qué consiste el pacto, que iban a concretar?” “La que primero muera a la otra tendrá que visitar, trayendo la noticia como es el más allá”.

Dicho pacto se firmó, pues de acuerdo estaban las dos. Cogiéndose de las manos el pacto fatal se selló.

Los meses y los años a sus vidas llegó, pero la amistad de ellas en ningún momento cambió

Pero, cierto día, al hogar de los García, la fatalidad llegó. La joya de la casa con una enfermedad mortal enfermó.

Los García y los Mendoza, no podían comprender por qué la vida se ensañaba con tan frágil ser.

Los días transcurrieron, y la bella doncella empeoró, su amiga muy querida en ningún momento de ella se separó.

Ya casi agonizante, le volvió a decir: el pacto que ella firmaron se tiene que cumplir.

Con un fuerte abraza confirmaban aquel macabro pacto, a los pocos días la joven García murió.

Los Mendoza, acompañaron a los García con su tremendo dolor.

Al otro día todo el pueblo acompañó, a darle el último adiós.

A partir de esa noche se le comenzó a rezar, nadie esperaba lo que a los Mendoza les iba a pasar.

Habían pasado nueve días en la que la joven murió, cuando en casa de los Mendoza un grito macabro se escuchó.

En el cuarto de la joven algo espantoso pasó. El ánima de su amiga del más allá regresó. Cumpliendo lo pactado.

Con un aspecto de ultratumba y con los pelos encrespados le pedía a su amiga que la librara de lo pactado.

“¡Por tu culpa, estoy sufriendo tremendo dolor!, pide a Dios que nos perdone por semejante error”.

Y so pasó todos los días, muchas veces, sin hallar la solución, los García y los Mendoza, se unieron en oración.

La hija de don Mendoza se unía en meditación. Casi en la locura gritaba: “Yo te libro, yo te libro de semejante abominación”.

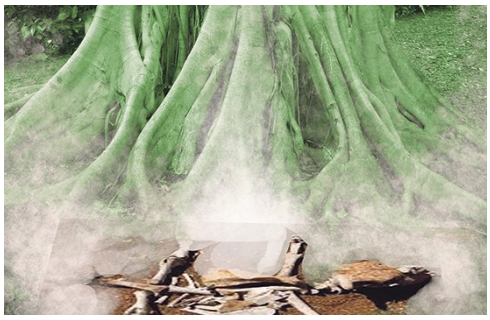
Muchos días pasaron y las apariciones ya no eran frecuentes, pero todo lo que había pasado la joven Mendoza lo tenía en su mente.

Una sabia decisión tomó, pidiéndole a sus padres, que la acompañen en oración y a partir de ese instante al convento fue a parar, pidiendo todos los días que Dios la llegue a perdonar.

Ambas familias perdieron a un ser muy querido, por cosas de muchachos que lo hicieron sin sentido.

Yo te cuento esta historia, para que te pongas a meditar, con las cosas que no conoces, no vayas a pactar.

HUESO DE VACA



En la vía de Chone a Canuto hay un lugar llamado “Hueso de Vaca”. Cuanta la leyenda que hace muchísimos años, por esos lugares había un sitio con una casa grande conocida con el nombre de “La Floresta” por estar rodeada de bellos jardines.

Allí vivía la familia Zambrano los cuales tenían una linda hija llamada María. Esta niña era tan buena y cariñosa, así como virtuosa, que todos los vecinos dieron por llamarla “Dulce María”, la cual era muy devota de la Virgen del Carmen y por eso tenía costumbre de bajar diariamente a cortar flores al jardín para ponerle a la Virgen.

Cerca de su casa vivía un hombre muy malo que decían que tenía un pacto con el diablo, el cual se enamoró perdidamente de “Dulce María”, pero la amaba el silencio y nunca se había atrevido a decirle nada por temor a ser rechazado.

Cierto día, los padres de “Dulce María” salieron a Canuto a comprar ropa y otras cosas que necesitaban y dejaron sola a la niña.

Esta, como era su costumbre, arregló la casa y luego bajó al jardín a regar y cortar las flores.

De pronto Dulce María, sintió que algo se acercaba al jardín y al mirar para atrás vio con espanto una vaca negra que bufaba y la seguía por todos los lados.

Presa de terror, Dulce María, salió corriendo del jardín y se internó en la finca, seguida de la vaca que ya parecía que la alcanzaba hasta que cansada de correr y llena de terror cayó muerta en una mancha de caña donde crecía un gran matapalo.

Cuando sus padres volvieron, la llamaron sin obtener respuesta. Desesperados salieron a buscarla al monte y allí la encontraron muerta y cerca de ella estaba la vaca negra y en el ambiente un fuerte olor de azufre.

Los padres de la niña, la llevaron a la casa y llamaron al sacerdote de Canuto, el cual regó toda la casa con agua bendita y al bendecir el cuerpo de la niña se sintió en el patio una fuerte explosión y la casa se llenó de un olor a azufre.

Después de varios días, como el vecino no daba señales de vida, los vecinos se preocuparon y los fueron a buscar a la casa.

Se cansaron de llamarle y como la puerta estaba bien cerrada, los vecinos hicieron fuerza para abrirla y al hacerlo vieron con gran preocupación que allí solo había huesos de una vaca. Desde entonces ese lugar que pertenece a Canuto se llama “Hueso de Vaca”.

EL NARANJO DEL CHOCOTETE

En los tiempos de antaño solían ir las mujeres de Jipijapa a los manantiales de Chocotete a lavar la ropa. Cargaban los grandes atados sobre los mulares y con los primeros rayos de sol llegaban hasta aquellos bellos parajes. Cerca de los lugares donde manaba aquella cristalina agua se hallaban colocadas piedras grandes y lisas. Ayudadas con el “mate ancho” recogían el agua que a borbotones salía de la tierra.

Estos lagrimales se hallaban al pie de una ladera, en la parte superior de esta, hacía un árbol de naranjo, que por extraño que os parezca todo un siempre, sin importar que fuera invierno o verano, se hallaba cargado de hermosas y dulces naranjas que provocaban a las personas que las miraban.

Cuentan las señoras lavanderas que el árbol permitía que cogieran sus frutos solamente para ser consumidos en el lugar. El porqué nadie lo podía adivinar. Lo cierto es que un día un joven desoyendo la voz de sus mayores trató de llevarse las naranjas a su casa, pero cual no sería su sorpresa que, ante sus ojos, el paisaje del lugar cambió totalmente, una vegetación exuberante dio paso a las matas de cerezo, moyuyo, ovos y cactus.

Asustado, busca el camino que da a los manantiales, no lo hallaba, en su lugar un pequeño lago emerge, peces dorados que saltan en el agua azulada, murmullos extraños, lamentos

apagados, como si las plantas cobraran vida, conversan entre ellas; variedad de pájaros revoloteando entre los árboles. A lo lejos deslumbra un camino, corre hacia él, avanza y llega otra vez al árbol de naranjo.

Agotados se deja caer, las naranjas ruedan por el suelo, la vegetación desaparece, el paisaje vuelve a ser el mismo; él, enloquecido corre hacia donde escucha la vos de las lavanderas, les comunica lo que sucedió, ellas miran hacía el árbol y una sonora carcajada se desprende de las ramas del naranjo.

Con el pasar de los años se fue perdiendo la vegetación del cerro, hasta convertirse en un risco. Al árbol, ya nadie lo ha visto, pues un día desapareció de la misma forma que emergió de las entrañas de la tierra.

EL NIÑO CARACOL

Se cuenta que un humilde hombre de la comunidad de La Soledad, del cantón Junín, en el centro de Manabí, hacía viajes a Charapotó, para comprar sal en las salinas de las playas de San Jacinto y San Clemente, cuando la sal era monopolizada por el Estado y la gente se dedicaba a traficar con ella de contrabando.

El hombre se dedicaba a llevar sal a lomo de burros y en unos de los tantos viajes, caminaba por las playas de San Clemente, cuando tropezó con un caracol, lo recogió, pero lo arrojó al suelo. El hombre siguió su camino y después de un trecho otra vez se encontró con el caracol, y vio que era floreado por su pare de atrás, pero como el camino era tan largo para llegar a su casa y a pie guiando burros, mejor lo arrojó al suelo porque la distancia pesaba.

El caminante siguió su camino y ya por tercera vez, vuelve a encontrarse con el caracol, ahora el hombre se intrigó por lo que recogió y lo guardo en la alforja que solía llevar, al llegar a la casa, le dio el caracol a su hijo pequeño para que jugara.

El niño se dedico a jugar en el patio de la casa; jugó tanto que se quedó dormido en el portal de la vivienda junto al caracol. La madre del menor lo subió en brazos y lo acostó en la cama, dejando abajo el caracol, por cuanto no reparó en él.

Mientras tanto el hombre había salido a entregar sal y cuando llegó, pasó por el cuarto que hacía de dormitorio y pudo darse cuenta que el caracol estaba en el altar de los santos y comenzó a su mujer: “Al niño le gustó el caracol que le traje que lo ha dejado en el altar”.

“Como en el altar”, dijo la mujer, “¡Si yo subí al niño, que se quedó dormido abajo y no he visto ningún caracol!”

El marido sorprendido contó a la mujer la forma como lo había encontrado; pero esta no dio importancia al caso. El marido tomó el caracol y lo arrojó por una de las ventanas de la casa.

Después de un momento, el hombre entro nuevamente al cuarto y ¡Oh sorpresa!, el caracol estaba nuevamente en el altar e interrogó a la mujer si ella lo había colocado en el altar. A lo que la mujer le contestó que no, y el niño dormía y nadie más había en la casa.

Los dos esposos, alarmados tomaron el caracol: lo lavaron, le sacaron la arena y lo secaron bien. Al estregar los bordes del caracol notaron que como una sombra se veía dibujado un niño con la mano en la boca, y por la parte posterior del caracol era un color floreado y brillante.

Esto fue suficiente, para que los esposos creyeran que se trataba algo sobrenatural y divino por lo que lo dejaron en el altar para adorarlo.

Pasaron los días, meses, y un águila voló por el mar, y la sombra dejó de ser tal y se hacía convertido el niño en bulto, entre los dos bordes del caracol. Con estas observaciones, los esposos dueños del caracol conversaron con familiares y amigos, los mismos que con frecuencia visitaban la casa, llevados por la curiosidad.

La noticia desde ya, Niño Caracol y de su aparición, trascendió muy lejos y los creyentes comenzaron a encomendarles favores. Se comenta que se veían milagros a la vista.

La noticia llegó a los oídos del cura parróco de Calceta, Dr. José María Pinto, el mismo que pidió que se lo llevaran para conocerlo. Los dueños se lo llevaron y el señor cura ---según dicen este era un santo también---, dijo que era cosa sagrada y que lo veneraran, para lo cual colocó una cruz con un cristo sobre el caracol.

Cuentan los mayores y los hombres ancianos que la fama del Niño Caracol, por sus milagros creció y creció y por lo tanto, también aumentaba los ingresos económicos.

Al saber de esto, un señor de apellido Andrade de la zona de Chone adinerado y poderoso, ordenó a sus fieles peones que lo raptaran, que entonces ya andaba en nicho.

Tal cual lo ordenó el señor, el Niño Caracol fue llevado a su hacienda, a órdenes de amo y patrón, mientras que los dueños se quedaron llenos de pesar.

Al pasar el tercer día del rapto del Niño Caracol, el ganado de hacendado comenzó a morirse por manadas y el patrón a quedarse ciego. El poderoso amo, atribuyo un castigo del niño por lo que le había hecho y aterrorizado ordenó que inmediatamente lo fueran a entregar a sus dueños. Ocurrido esto, el ganado dejó de morirse y el amo recobró la visualidad.

El Niño Caracol tiene muchos creyentes, en todos los rincones de Manabí. Le ofrecen velorios y milagros de plata. Para llevarse al Niño Caracol a una velación en cualquier lugar,

hay que solicitarlo con mucha anticipación. De antemano hay que ir al sitio “La Soledad” para inscribirse y para que el mayordomo autorice su procesión o velorio.

LA ONDINA Y LOS MATES DE ORO

Cerca de Pedernales existe un pueblo llamado “Pata de Pájaro”, en él vivía un hombre conocido del sector, su nombre Pedro Beche, hombre de tez morena quemado por el sol; la naturaleza no había sido digna con él; medio manclenque de contextura delgada y sonrisa de holgazán; pero aún así, su carácter era cordial.

En cierta ocasión tres amigos se reunieron, entre ellos Pedro, para subir hasta la laguna que existía cerca de Pedernales; porque la leyenda dice, que en esta época del año aparece la Ondina; aquel ser mitad mujer, mitad pez, de una figura angelical; con una cabellera de oro, que por la noche brillaba con la luz de la luna.

Cuando llegaron, comenzaron a caminar y caminar los tres amigos alrededor de la laguna; cuando de repente comenzó a emerger del centro de esta una gran piedra. El agua burbujeaba, grandes colores emanaban del fondo de la laguna, destello de luces multicolores; algo mágico pasaba.

Ellos estaban pasmados; cuando del agua surge la Ondina, preciosa mujer, de cabello rubio brillante y de tez blanca, figura de sirena enamoraba y embrujaba a cualquier ser que la mirara.

Dirigiéndose a los muchachos les dijo la Ondina: que si la querían poseer tenían que cargar en sus hombres dos mates de oro alrededor de la laguna y si lo hacían, los mates y ella serían del que cumpliera la penitencia.

Los dos muchachos interesados hicieron caso a la Ondina, más no Pedro; él era bien tímido con las mujeres, además su contextura no le daba para cargar los pesados mates de oro y prefirió sentarse a un lado de la laguna y contemplar la belleza de la Ondina.

Comenzaron a realizar la proeza de sus amigos, pero ellos, más querían los mates de oro que a la Ondina; es así que tomaron la decisión a media vuelta de la laguna, de abandonar la prueba y largarse con el botín.

Comenzaron a correr y correr, alejándose de la laguna, pero a medida que se alejaban, los mates de oro se hacían polvo, hasta que en sus manos ya no les quedaban nada, se fueron riéndose y a la vez asombrados del lugar, por lo que había pasado.

Pedro y la Ondina contemplaban aquello, en eso ella le dice a Pedro:

--- Ve a la playa y ayuda a los pescadores con la red entrampada en los corales y verás que tus pulmones se desarrollarán, eso te ayudara a ser más fuerte; después anda a los corrales y comienza a coger chivos en tus hombres, hasta que tus fuerzas se vayan fortaleciendo y llegarás con el tiempo a cargar hasta un toro.

Y así fue, Pedro Beche le hizo caso a la Ondina y de ella se despidió, pero no le quitaba la mirada que la Ondina de eso se dio cuenta.

Se puso a hacer todo lo que ella le aconsejó, hasta que se transformó en un hombre muy fuerte, era tan robusto que un toro lo embarcaba en sus hombros.

Se fue a la laguna a esperar a que aparezca la Ondina, en la época prevista; así como la primera vez, antes de aparecer la Ondina, algo mágico fue sucediendo; ya estando frente a Pedro, le dijo: “Tienes que cargar los mates de oro alrededor de la laguna, y, yo y los mates de oro seremos tuyos”, y Pedro Beche aceptó la prueba.

Recorrer la laguna con los dos mates al hombro era difícil, pero no imposible para Pedro; mas en esos días la laguna estaba llena y su circunferencia era mucho mayor.

Pedro Boche comenzó a caminar, sabía que podía; pero el más que los mates de oro, quería era a la Ondina.

Llevaba medio camino de recorrido y las fuerzas comenzaron a flaquear, pero él le echaba ganas, su ilusión era enamorar a la Ondina; ya le faltaba pocos metros para hacer la hazaña, cuando tropieza y resbala, pero él cogiendo impulso se levanta y sigue caminando; cuando llega a la meta, resbala y cae al agua y la Ondina lo recibe en sus brazos.

En eso empezó un espectáculo mágico de luces de colores; comenzando a hacerse un remolino de arco iris en el centro de la laguna; era un momento en que los ojos humanos llorarían si presenciaran lo hermoso y bello que estaba pasando, como anunciando la fusión entre un hombre enamorado y la bella Ondina, dueña de aquella laguna encantada.

Quién creyera que aquel hombre flaco y tímido, se transformó en un robusto hombre, por amor; y cómo una hermosa mujer con rizos rubios, ojos celestes se sabían fijado en él; por

eso lo menos que podía ser, era unirse por siempre y para siempre, hasta el final de los tiempos.

Cuando vayas a Pedernales y quieras conocer la laguna donde duerme la Ondina con Pedro Beche pide a un conocedor del lugar que lo lleve hasta el sitio Pata de Pájaro y de ahí que te acerquen hasta la laguna, y espera… que si eres un amante a lo bello y seguidor de cosas mágicas, contemplarlas a los amantes de la laguna.

Algunos dicen que si duermes a la orilla de la laguna, los amantes te despertarán y si pones atención, tus oídos oirían la risa de ellos, y si tu vista es sana, podrás verlos cuando a media noche se bañan al son de las estrellas y con la luna de testigo.

LEYENDA QUE DIO ORIGEN AL CANTÓN MILAGRO

Lo que es hoy es San Francisco de Milagro, más conocido como el cantón Milagro (provincia del Guayas), fue habitado por numerosas poblaciones aborígenes pertenecientes a la cultura Cayapa-Colorado, que ocupaban las jurisdicciones de lo que constituyen las actuales provincias de Los Ríos y Guayas.

En esta zona, la cultura estaba integrada por parcialidades pertenecientes a los belines, chobos, chilintomos, yaguaches y boliches.

La leyenda sobre el nombre de Milagro ---según el arqueólogo Julio Viteri Gamboa--- se remonta a un curioso acontecimiento ocurrido en 1786.

Se dice que por ese año llegó a la zona del tambo Chirijo don Miguel de Salcedo, ex-oidor de la Real Audiencia de Quito, junto con su esposa María de Salcedo.

Durante la estancia, la cónyuge del ex-funcionario real sufrió las consecuencias del ambiente y el clima; y a los pocos días de permanecer en esa localidad se enfermó de paludismo, conocido para entonces como la terrible fiebre terciaria.

María de Salcedo no mejoraba de las malignas fiebres, que la hacían delirar, a pesar de los tratamientos médicos y de las medicinas recetadas que le compraba su esposo.

Fue entonces que, viéndola cada vez más desmejorada, don Miguel inició una novena en Honor a San Francisco de Asís, al tiempo que empezó un tratamiento a base de raíces de zaragoza y quina, que le entregó un indio de la parcialidad de los chirijos ---vecino del español---, quién le aseguró que tenían virtudes de curación.

El nativo le indicó que le diera a la “niña” una poción. Temeroso, don Miguel cumplió la orden del brujo, al tiempo que continuó con la novena en honor a San Francisco.

Transcurrieron los días y doña María mejoró poco a poco. Cuando la vieron en el portal de la casa todos se alegraron. Se había recuperado y el esposo saltaba de felicidad.

Dice la leyenda que don Miguel no atribuyó la sanación a la bondad de las raíces dadas por el indio chirijo sino a la novena ofrecida a San Francisco.

Por tal motivo y en agradecimiento al milagro concedido, solicitó al Gobernador de la Provincia de Guayaquil, que en ese lugar ---donde ocurrió el beneficio--- se fundara una villa que llevara el nombre de San Francisco del Milagro, incluso pidió que primero la llamaron la “Casa del Milagro”, pedido que no tuvo respuesta en el gobernador, pero que desde entonces ---de boca en boca--- empezó a llevar esa denominación.

El español se sentía en deuda con San Francisco de Asís e insistió en que al recinto formado por su casa y las de sus peones y vecinos se le pusiera por nombre San Francisco de Milagro, en mérito a la curación.

Y así, en poco tiempo, la población logró un gran desarrollo, sobre todo en la colonia y los primeros años de la República. Fue el 8 de noviembre de 1820, según lo registra la historia ---y que dejó de ser leyenda---, que se dio la creación y San Francisco de Milagro pasó a ser recinto de la provincia de Guayaquil; 21 años después (24 de octubre de 1841), por su crecimiento demográfico, los habitantes reunidos en asamblea popular solicitaron su parroquialización.

Don Vicente Rocafuerte, gobernador de la ya provincia del Guayas, intervino ante el Gobierno del general Juan José Flores y consiguió que el 15 de octubre de 1842 fuera resuelto favorable por el gobierno central el petitorio de los ciudadanos de Milagro.

Es menester aclarar que el 17 de octubre de 1842 se ubicó jurídica y políticamente al recinto dentro de la categoría de parroquia del cantón Guayaquil. Y en 1874 Milagro contó ya con el primer servicio de ferrocarril del país.

Para 1883 la población había crecido notable gracias al establecimiento del Ingenio Valdez y ya se había convertido en una de las poblaciones más prósperas, ricas y productivas de la región.

El 21 de julio de ese año, al crearse el cantón Yaguachi, la Convención Nacional la designó como su parroquia rural.

Milagro fue elevado a cantón el 17 de septiembre de 1913 en la presidencia del General Leonidas Plaza Gutiérrez.

VÍCTOR EMILIO ESTRADA Y EL PACTO CON EL DEMONIO

Dice la leyenda que Víctor Emilio Estrada (ex-presidente del Ecuador en 1911) era un hombre de fortuna, acaudalado y de sapiencia, todo en caballero de fina estampa.

Las personas de esa época decían que el caballero había hecho un pacto con el Diablo, y que cuando muriera él mismo vendría a su tumba a llevárselo. Víctor Emilio Estrada construyó una tumba de cobre para que el demonio no invadiera su descanso.

Al morir fue enterrado en su tumba de cobre, una de las más grandes del cementerio de Guayaquil. El demonio quiso llevarse su alma al infierno como habían pactado, pero en vista de que no pudo este lo maldijo y dejó varios demonios de custodios fuera de su tumba para que lo vigilaran y no lo dejaran descansar en paz.

Desde ese día Víctor Emilio Estrada no descansa en paz y todas las noches sale a las 23 horas con su sombrero de copa y con su traje de gala por la puerta uno del famoso cementerio de Guayaquil, a conversar con las personas que se detienen a coger el bus en la parada.